

# MIS MALOS PENSAMIENTOS

nina bouraoui

traducido por Malika Embarek López

A la Amiga.

A François.

A Muriel.

A la doctora C.

A mi amorosa familia.

A la memoria de Alain Ferrier.

Vengo aquí porque tengo malos pensamientos. Mi alma se reconcome, estoy sitiada. Llevo a alguien dentro de mí, alguien que ya no soy yo o que sería un *yo* oprimido, asfixiado, durante mucho tiempo. Los malos pensamientos arraigan en los cuerpos de la gente que quiero o deseo, me digo que así empieza la historia de los asesinos, llega de noche y se queda hasta el amanecer. Me gustaría librarme de mi cerebro, cortarme las manos, siento mucho miedo, ¿sabe usted?, mucho miedo de la persona en la que me estoy convirtiendo. Pienso en A., el filósofo que apuñaló a su esposa; creo que para él todo ocurrió como en un sueño, siento tanto miedo de que mi crimen suceda así, en un duermevela, en un estado en el que ya no controle nada. Fue M. quien me dio su número de teléfono, hemos dejado de vernos, y es mejor así, habría tenido la sensación de arrebatarse su lugar, deberle un relato, ser su mensajera, ella estaba tan enamorada de usted. No he venido a robar el pasado de M., ni a sacarlo a la superficie, no he venido a comprobar las

facciones que usted tiene, su voz, sus manos, jamás deseé a M. y jamás estuve celosa de usted. No he venido tampoco a seducirla, si no estoy llorando es porque el espanto me ha arrebatado las lágrimas. Podría arrodillarme, suplicarle, no podría besarla. Usted es un cuerpo blanco, el cuerpo del médico, intocable. No tengo orgullo, puedo contarle todo, explicarle todo, no guardaré secreto alguno. M. decía que ella medía su discurso; yo no me serviré de esa censura, no la necesito, no me avergüenzo de lo que digo, ¿sabe?; siempre he escrito. Antes lo hacía en mi mente, luego llegaron las palabras, remolinos de palabras, me asfixiaban, me alimentaban; mi personalidad se formó a partir de ese lenguaje, de un lenguaje posesivo. Ya no me atrevo a mirarme al espejo, cierro con llave los cuartos de nuestra casa, escondo los cuchillos, duermo sola, siento tanto miedo de hacer daño a la Amiga. Recuerdo que la noche que precedió a mis malos pensamientos oí una voz de mujer que pedía socorro, unos golpes contra una ventana cerrada: estaban lastimando un cuerpo. Esa violencia se deslizó sobre la mía, aquellos gritos despertaron otros gritos, muy secretos, muy ahogados en el fondo de mí. Debería haber venido antes a su consulta, haber telefonado el año pasado, cuando M. me hacía confidencias. Debería haber separado la historia de ella de la mía. Pero yo sentía miedo de robarle su amor, le llenaba la vida. Usted se había convertido en su novia ideal. También temía unirme a M. a través del cuerpo de usted, temía intercambiar nuestros sueños, profundizar juntas en nuestra infancia. M. es tan distinta de mí, tan alta, tan rubia, con ese toque tan varonil en su manera de seducir a las mujeres.

A usted no la reconozco, ella tenía una imagen muy precisa, inventada. Usted es guapa y dulce, pero no la reconozco. M. la veía muy sexual. Tiene usted una sonrisa de adolescente. M. diría que es porque se trata de nuestra primera sesión, que un día sucederá de pronto ese cambio: de la palabra al cuerpo. Voy a entrar en un relato, que girará a mi alrededor, me envolverá, me tragaré, no será un cuento romántico, ni una leyenda, voy a llevar mi voz hacia usted, no espero de ello amor alguno, intriga alguna, me pondré la máscara de un rostro inocente. Usted es silenciosa, de ese silencio debo volver y hacia ese silencio debo ir. Abandonarme. No puedo mirarla a usted a los ojos, M. fijaba la vista en la ventana o en la roseta del teléfono; yo no me marco esos puntos de referencia, me desprendo de ellos, los borro, no camino sobre los pasos de ella. Miro lo que hay detrás de usted, ese cuadro negro de una mujer sentada. Quizá esté desnuda, no lo sé. Está dibujada sobre cuadrícula, tachada, difuminada por unas líneas al carboncillo, es como yo, como todos sus pacientes. Usted está entre nosotras dos. Será mi padre, mi madre, mi hermana, la Amiga, será el mundo entero. Usted viste una falda con una blusa azul y suele cruzar las piernas, no me da miedo observarlas, ni vergüenza; sus ojos son los que me desarman, los que me obligan a agachar los míos. Voy andando por la Rue des Gravilliers, la de los mayoristas chinos, voy andando y ya imagino su rostro, un rostro amigo que me acompaña por la Rue Beaubourg, en el metro, por la Rue de Prony. Ayer pensé que no me deberían dejar sola con niños pequeños, que en un descuido podría hacerles daño. Su voz también está conmigo: «Usted sufre fobias

de impulsión»; son mis nuevas palabras, las preferidas. Me considero una enferma y sé que esa dolencia es un acuerdo contraído con la realidad. Siempre he querido huir de la vida; la escritura y el amor son los medios ideales para ello. Observo un despegue de mí misma, una especie de bruma, ya no soy la mujer de la Rue des Gravilliers que los comerciantes chinos ven pasar mientras fuman, ya no soy la autora, el miedo me ha arrebatado mi tesoro de escritura, tampoco soy ya la enamorada, estoy atrapada en un mecanismo de odio. Siempre me quisieron por mi ternura, antes decían de mí: «¡Qué dulce es esta niña!». Quiero recuperar esos tiempos en los que apoyaba un mueble contra la ventana de mi cuarto, por miedo a saltar al vacío en sueños; las fobias han cambiado de lugar, al igual que yo, que me desplazo de la realidad a un mundo que no existe. La angustia es una caída vertiginosa de la mente en el cuerpo: caigo o me caigo *a mí misma*, me convierto en el vigilante de mis manos, unas manos que podrían arañar, estrangular, despedazar. Un buen día te despiertas y ese día ya no es la víspera, te despiertas con un rostro, y, bajo la belleza de la piel, aparecen las escamas de un monstruo, ya no sé quién soy, y, peor aún, creo que me estoy convirtiendo en lo que siempre he sido. Con anterioridad a mis malos pensamientos, está aquel verano en Niza, las vacaciones en Castel Plage, las veladas en el Cours Saleya, las noches en el hotel Suisse, creo que todo empieza allí, en una confusión de lugares, el sur de Francia que estoy descubriendo, Argelia que regresa por superposición de imágenes: el mar, la bahía, las palmeras, los chicos que silban en el paseo marítimo, esos ojos, los ojos

de mi infancia. Me reencontré con mi paraíso —los baños cálidos y profundos, el olor de las flores, la luz rosada— y me reencontré con mi infierno: la idea de una fuerza que ahoga. Nunca he vuelto a Argelia, es un lugar silencioso que mantengo secreto; el sur lo sustituye, el sur también miente: regreso a él sin desplazarme en realidad. Niza es una ciudad embriagadora por su belleza, por las sirenas de los barcos que parten hacia Córcega, por los miles de luces que incendian la bahía, por el mar, oscuro en la noche, que parece avanzar hacia la ciudad para engullirla. Niza tiene la fuerza de Argel, y creo que es la fuerza de un hombre. Las ciudades del sur son ciudades sexuales, mi sentimiento de culpa nace de ese exceso de carnalidad y de imágenes, de eso que me constituye, de eso que no acepto. Conocí a una chica que tenía miedo de su desnudez y decía: «Cuando voy por la calle, pienso que la gente con la que me cruzo ve a través de mi ropa». Yo también me siento desnuda en mi locura, es el castigo que recae sobre quien escribe. En un libro de Hervé Guibert leí que algunas personas están enfermas de la niñez, es una enfermedad denominada *niñez sangrante*. El lenguaje también es sangrante, eso creo. Los cuerpos de los niños pequeños son como plomo. La Amiga estuvo a punto de ahogarse a causa de un niño, estuvo a punto de morir, y yo no vi nada. Todo empieza en la bahía de Niza, el pasado 17 de agosto, todo regresa también: mi cuerpo en la piscina de Zeralda en Argel. Casi me ahogo y nunca se lo dije a nadie, mi infancia descansa sobre ese secreto, no dije nada porque mi madre se habría echado a llorar, no dije nada porque conviene tener zonas de sombra en la vida. Ahí es

donde arraiga la escritura. La Amiga se salvó del peso de aquel niño gracias a que ella llevaba aletas. Dice que la bahía es tan grande y profunda que habrían tardado una hora en encontrar su cuerpo, yacente en el fondo de las arenas. No soporto esa imagen. Yo me salvé sola en la piscina de Zeralda, volví a mí y todo partió de mí, como ahora, ante usted, todo va de mí hacia su silencio, hacia su cuerpo inmóvil, usted no toma notas, a pesar de que yo despliego un libro, el libro soñado, que no se escribe pero se dice. He fijado mi último mal pensamiento en el cuerpo de mi padre, imaginé que lo destripaba, me sentí tan culpable que me puse a rascar en mi infancia, a rebuscar una escena inocente: mi padre en la cocina en Argel. Rompe la cáscara del huevo duro entre sus manos, lo frota aún caliente y, como por arte de magia, la cáscara se desprende. La vida de los cuerpos opera así, un buen día tuve que desprenderme de él, no sé si lo habré conseguido, he heredado sus manos y su piel, tengo esa carne fósil que nos ata. Quise escribir para contestar a sus tarjetas postales, quise escribir para que se sintiera orgulloso de mí, escribía en un papel tan fino como la seda y con una letra tan pequeñita que él no conseguía leerme. A mi padre le gustan más mis novelas que mi diario, odia esa modalidad, la vida anotada, la vida inventariada, ese compendio amoroso; dice que no hay que detener el tiempo, que incluso el lenguaje no te salva de la impaciencia, que un libro debe adaptarse a su lector y no a la inversa; jamás se atreve a preguntarme si estoy escribiendo, me pregunta qué tal estoy, si *avanzo*. ¿Avanzar significa construir? ¿Avanzar significa amar? ¿Avanzar significa olvidar? Cuando vengo aquí,



a verla a usted, en el metro hay un músico que toca el acordeón, el *Kazatchok*, y Argel regresa de nuevo: el sol en nuestra casa, el mar, las montañas negras del Atlas, el paseo marítimo, los helados italianos del Club des Pins, el cuarto de mi hermana, las nubes que pintó en las paredes porque ella era *romántica*, los aviones en el cielo, el tocadiscos Hitachi, la canción de Joe Dassin: *L'Été indien*. Esa superposición de imágenes irrumpe en mi vida, interfiere, me siento atrapada, invadida, desbordada; el amor procede también del divorcio. No sé si la vida puede renunciar al pasado o si sigue conectada a él, como si debiéramos rehacer ese trayecto, de delante hacia atrás, de París hacia Argel, porque está en la historia de nuestra familia, en la historia del mundo. Recuerdo una escena de unos críos en unos adueros de Argelia, filmados para los informativos de la televisión; son esos ojos en mi noche, soy de su misma familia, acabamos pareciéndonos, cada imagen reverbera en otra imagen, irrumpe en mi vida, no soy yo la que irrumpe en la imagen, esos ojos podrían ser los míos, cuando miro a la cámara super-8, cuando me encaramo a las ruinas romanas de Tipaza, cuando me agarro a los hombros de mi padre en la calita de la playa de Bérard. Siempre me duelen los pies, por las rocas; necesito la fuerza de mi padre. La mirada de esos niños no tiene fondo, proviene de la muerte, mi Argelia es silenciosa, mis padres nos llevan cada viernes de excursión al campo, a nuestro rincón preferido, cerca de un riachuelo seco. Nos gusta meternos miedo, decirnos que el agua subirá de la tierra y nos ahogará; mi hermana y yo jugamos a los espadachines, un día por poco le salto un ojo, creo que nos

aburrimos, la niñez se pierde en medio de la naturaleza, estamos solos en el mundo, mi padre fuma, tumbado, lleva la camisa por fuera del pantalón, y una cazadora de piel, es elegante, me gusta esa imagen de él, descalzo, con la cabeza hacia atrás, me gusta esa imagen fijada, no hay nada que retocar, sólo retroceder hasta allí. Recuerdo un prado de margaritas silvestres, son más altas que yo, me gusta hundirme en ellas, me gusta la idea de desaparecer, creo que quiero irme de casa por las aventuras de Tom Sawyer. Vivimos en un edificio construido sobre pilotes, rodeado de un bosque de eucaliptos; de noche, el viento parece unas voces arrancadas a los árboles, me asomo a la pequeña terraza ocre y observo, a lo lejos, la bahía, ese milagro de Argelia, el mar parece avanzar hacia mí; no sé si vengo de allá, no sé si aquello forma parte de mi composición, creo que sólo hay tierras humanas. Argel existe porque viví allí, porque allí me quedé; soy yo la que crea Argel y no a la inversa. No soy una exiliada, soy una desarraigada. Después de regresar de la excursión al campo, busco en la televisión el canal de la RAI, me entusiasma, significa también la libertad; la televisión argelina difunde programas religiosos o discursos políticos, vivo en un mundo de hombres. No hay infancia en Argelia, sólo una primera vida. No odié ser pequeña, odié la niñez en general porque se hundía el mundo. Tengo sueños orientales; para mí la magia es mi hermana cantando a Fairuz, es mi padre bailando al son de la voz de Abdelwahab, con los brazos alzados al cielo y el torso hacia delante, es El Cairo, es Nasser, son las antorchas de los pozos de petróleo que se ven cuando vamos en coche por la carretera, yo soy de esa

historia, de esa leyenda; y le digo a usted, de entrada, que soy de madre francesa y de padre argelino, como si mis fobias provinieran de ese matrimonio. Va más allá de la historia de los cuerpos, estoy en una conciencia política, en la línea divisoria del mundo, nunca separé mis dos amores, estoy hecha de esa pasta, la violencia del mundo se ha convertido en mi propia violencia. He adquirido la costumbre de escribir después del informativo de la cadena LCI, miro todos los resúmenes de noticias, me he vuelto adicta a las imágenes, que parecen hablar de mí sin nombrarme jamás: tengo miedo de mí porque tengo miedo de los otros. Recuerdo esa escena en un restaurante en Lyon, en verano, una vez más en verano, la estación-catástrofe, estamos sentados a una mesa mi hermana, mi madre, un tío mío —creo— y mi abuelo, quien, con una frase anodina para él —ya sabe, el idioma habitual de la gente, cuando ese modo de hablar penetra en lo cotidiano y ya no hay medida—, va y dice: «Fui a comprar el periódico al quiosco del *m.* de la esquina». Yo no entiendo el sentido de esa palabra, y jamás la he oído antes, para él no representa nada, es sólo una palabra, entre dos sorbos de vino, antes del postre, es una palabra que todo el mundo dice, al fin y al cabo, y, además, él ya ha demostrado suficientemente que nos quiere, así que no se va a cuestionar todo por una palabrita de nada; mi madre se levanta y dice: «Delante de mis hijas, no. Puedes hacerme lo que quieras, pero no delante de mis hijas». Nos vamos del restaurante, estoy triste; un inmenso vacío se abre a mí alrededor, el vacío no se debe a la palabra *m.*, sino al otro elemento de la frase, *puedes hacerme lo que quieras.*